



JUAN FORN
YO RECORDARÉ POR USTEDES

emecé

Juan Forn

Yo recordaré
por ustedes



emecé
cruz del sur

Kalulu y los afronautas

La historia de la especie humana empieza en África; la de la conquista del espacio, también. En noviembre de 1964, la NASA y el Programa Espacial Soviético recibieron sendas cartas enviadas desde Zambia. Las remitía Edward Mukuka Nkoloso, ministro de Asuntos Estelares y director del Programa Espacial de aquel país. En dichas cartas sostenía que los hombres de raza negra estaban más capacitados que los blancos para ir a otros planetas y ofrecía sus conocimientos a cambio de un aporte de combustible para su programa o, en su defecto, que sumaran un astronauta africano a las tripulaciones yanquis o rusas al espacio exterior, siempre que fuese la bandera de Zambia la primera en izarse en el territorio alcanzado, la Luna o Marte (el remitente se inclinaba más por esta última opción: decía que en la Luna no había nada especialmente útil para la raza humana).

Zambia era un país flamante: apenas un mes antes había declarado su independencia de Inglaterra y abandonado su nombre colonial, Rhodesia del Norte. Su presidente Kenneth Kaúnda era un maestro de escuela que predicaba la «neutralidad positiva» en la guerra fría y una sociedad multirracial para su país. Pero lo que más llamaba la atención a la prensa

extranjera era el inédito programa espacial que pretendía llevar a cabo Zambia. Ante la falta de respuesta de la NASA y los rusos, el excéntrico director Nkoloso había solicitado a las Naciones Unidas y la UNESCO que apoyaran a su país evitando así el despilfarro de dinero que generaba la frenética carrera espacial entre la Unión Soviética y Estados Unidos (el propio Martin Luther King había declarado que, con lo que gastaba la NASA, se podía alimentar a todos los hambrientos de África).

Nkoloso aceptó abrir las puertas de su cuartel general para las cámaras de la Associated Press y mostró cómo entrenaba y preparaba a sus doce astronautas: los ponía a rodar colina abajo en un barril vacío de combustible para que se fueran familiarizando con la falta de gravedad en el espacio, los hacía balancear de una soga a otra en las alturas para que entendieran el concepto de caída libre, los tenía horas enteras mirando por el telescopio para familiarizarse con el paisaje estelar. La elegida para tripular el primer viaje a Marte era una chica de dieciséis años llamada Matha Mwamba, que iría con un gato, para hacerle compañía en el trayecto y para que saliera primero a experimentar las condiciones de la atmósfera al tocar el suelo marciano. Para propulsar sus cohetes, Nkoloso estaba experimentando con oxígeno líquido y querosén, pero lo importante no eran los detalles técnicos sino el trasfondo teórico. «Mire árbol ahí», le decía al corresponsal de AP. «Como puedo ver árbol, puedo ir a árbol. Igual con Marte».

El reportaje fue usado por los más rancios conservadores británicos para escarnecer la política de dar la independencia a países africanos: «La evidencia de

esta mascarada, de esta idea absurda de que un africano puede hacerse cargo de llevar los asuntos de un Estado moderno, queda flagrantemente demostrada en Zambia. ¿En qué país civilizado puede existir un Ministerio de Asuntos Estelares?». El programa espacial fue discontinuado sin pena ni gloria en 1969: falta de fondos. Casi cincuenta años después, la escritora feminista Namwali Serpell volvió a su país de origen en busca de los rastros que quedarán de aquella delirante quimera espacial y descubrió que, en Zambia, Edward Mukuka Nkoloso es conocido hasta por los niños en las escuelas.

Nacido en 1919 en la tribu guerrera bamba, Nkoloso recibió de niño las cicatrices faciales que acreditaban su condición, pero en la segunda guerra fue reclutado por los británicos y enviado al frente de Birmania. Durante el entrenamiento le descubrieron un don para la electrónica y lo hicieron operador de radio. Acumuló tales conocimientos durante la guerra que, cuando volvió del frente, solicitó a las autoridades coloniales permiso para abrir una escuela. Se lo negaron. La abrió igual. Se la cerraron. Se volvió entonces maestro itinerante. Iba por las aldeas, así conoció al futuro presidente Kaúnda. Ambos militaron por la creación de una escuela técnica para la población negra, como primer paso hacia el ansiado objetivo «mismo trabajo, misma paga».

La militancia se volvió resistencia activa: piqueaban las exhumaciones de tumbas que hacían los arqueólogos blancos, exigían que las maternidades aceptaran el ingreso de parturientas negras. Kaúnda fue desterrado. Nkoloso se escondió en la selva, desde donde encabezaba actos de desobediencia civil, hasta

que las autoridades lo atraparon, lo exhibieron desnudo, lo encarcelaron y apalearon, arrestaron también a sus padres y a su única tía, que murió en prisión a la semana de ser encarcelada. Las noticias llegaron hasta Londres, donde Kaúnda hizo una incendiaria denuncia en la prensa contra las autoridades coloniales. Su panfleto *Status de dominio para África Central*, hoy tema de estudio en todas las escuelas secundarias de Zambia, usa la historia de Nkoloso como eje. Ese panfleto se convirtió en la piedra basal del partido político que lideraría la lucha por la independencia y llevaría a Kaúnda al sillón presidencial en 1964.

Se decía que Nkoloso no había quedado bien de la cabeza luego de las palizas recibidas en prisión. Los rumores crecieron cuando fue nombrado Ministro de Asuntos Estelares y más todavía cuando anunció al mundo el Programa Espacial, pero cualquier alumno de secundaria en Zambia hoy sabe que Mukuka Nkoloso no era el tonto del pueblo en esta historia, sino la encarnación de Kalulu. Me explico: la leyenda más popular de Zambia es la de Kalulu, un pillo que siempre está taladrándoles la cabeza al León y al Elefante, en el sempiterno duelo de ambos por el trono de rey de la jungla. Cada palabra que les murmura Kalulu al oído puede significar una cosa o su contrario o ambas a la vez, porque así es la lengua bemba: no existe una palabra para decir sí y otra para decir no; tienen un sí que significa sí y otro sí que significa no.

Nkoloso aceptó hacer el rol que le propuso Kaúnda porque ambos sabían que la prensa extranjera diría luego de entrevistarlos: «Este hombre no está en sus cabales. Quedó así por los golpes recibidos en prisión. Es el loco del pueblo». Y esa era la coartada perfecta.

Porque en las instalaciones del Programa Espacial no se preparaban astronautas para ir a Marte; en realidad, eran campos de entrenamiento para militantes de los movimientos de liberación en los países vecinos que aún estaban bajo dominio colonial: Angola, Mozambique y Rhodesia del Sur, la futura Zimbabwe. Había que inventarle un camuflaje a la operación: era la usina anticolonialista más importante de África Central.

La mascarada del espacio que inventó Nkoloso funcionó a la perfección desde que Associated Press la divulgó al mundo. A partir de entonces nadie tomó en serio lo que ocurría en aquel cuartel de entrenamiento, no se le prestó más atención, el ojo vigilante del mundo lo eliminó de su radar. Y así fue como Kalulu engañó al León y al Elefante. Así se liberaron Angola, Mozambique y Zimbabwe. Y así es como se recuerda hoy en Zambia a Edward Mukuka Nkoloso.

Nuestro negro

Pero hay veces en que a Kalulu le cuesta más engañar al león. En 1892, por ejemplo, un taxidermista catalán llamado Francesc Darder volvió a pie desde Génova hasta Barcelona acompañado de un elefante llamado Aví. Acababa de comprarlo a un circo y no había vagón de tren suficientemente sólido para transportarlo, así que optó por hacer todo el trayecto caminando junto a su flamante adquisición. Su plan era convertir a Aví en la atracción principal del zoológico de Barcelona, si lograba convencer al ayuntamiento de que le concedieran para ese propósito los pabellones que habían quedado vacíos en el Parque de

la Ciudadela luego de la gran Exposición Universal de 1888. Darder ya se había hecho traer cinco camellos en barco desde Argel y prometía donar además un león, un gorila y una jirafa; incluso había rediseñado de su propia mano los pabellones que conformarían el Zoológico en aquellos galpones abandonados, porque creía que los animales no debían estar en jaulas sino en habitáculos espaciosos que fueran «al menos más confortables que las casas de pescadores del barrio de la Barceloneta».

El problema era que Darder no era muy respetado por la Academia de Ciencias de Barcelona. Hijo de un matarife que había hecho fortuna, el joven Francesc aprendió solo las técnicas de la taxidermia y dio rienda suelta a su pasión por la zoología carteándose y visitando a colegas de toda Europa, a quienes les compraba cuanto animal embalsamado estuvieran dispuestos a venderle. Todas esas piezas las tenía en exhibición en un enorme gabinete de curiosidades en los altos del Café Novedades, sobre el Paseo de Gracia. A los académicos de la época les daba tanta tirria el afán exhibicionista de Darder, que lograron alejarlo del zoo e incluso borrarlo de sus actas de fundación, a pesar de Aví y los camellos. Desilusionado y aquejado de gota, Darder se fue al pueblo de montaña de Banyoles, en cuyo lago hizo un criadero de peces tan exitoso que el pueblo creó la Fiesta Anual del Pez y lo condecoró como hijo adoptivo. En retribución, Darder trasladó hasta allá su colección de piezas embalsamadas, y las acomodó en una casa que, un año antes de morir, donó al pueblo con el nombre de Museu Darder.

A nadie le llamó especialmente la atención que la pieza número 1004 del catálogo no fuese un animal

sino un ser humano, un bechuana muy bajito, con su lanza y escudo y tocado de plumas y un taparrabos estratégicamente colocado para su exhibición en público, como un animalito más en la colección de piezas embalsamadas del Museu Darder. La chapa solo decía: BOSQUIMANO, O QUIZÁ BECHUANA, DEL DESIERTO AFRICANO. Sin nombre, sin fecha de nacimiento o de muerte. Y un hombre sin nombre no es un hombre. Así había sido ingresado el bosquimano o bechuana al país: como «fauna animal», no como «restos humanos». Y así había llegado a Europa, cincuenta años antes. Más precisamente a París, a la Maison Verreaux, el inmenso salón donde se exhibían y vendían los mejores animales embalsamados del mundo.

Los hermanos Jules y Edouard Verreaux partían una vez al año a África, uno de ellos cazaba o compraba los bichos que podía y el otro los embalsamaba en un taller en Ciudad del Cabo, y de ahí los fletaban a París, donde su padre los vendía a los museos o coleccionistas interesados. En las salas de la Maison Verreaux se codeaban Julio Verne y el naturalista Cuvier. Cuando la Maison cerró sus puertas en 1878, el Museo de Historia Natural de Nueva York compró gran parte de su colección; el resto se vendió al menudeo pero ningún museo se interesó por el pequeño bechuana: no era un faraón egipcio embalsamado por sus congéneres según técnicas y ritos milenarios; era solo un anónimo aborígen africano eviscerado a las apuradas por uno de los hermanos Verreaux, después de que el otro saqueara una tumba en el yermo donde había visto a unos nómades enterrar a uno de los suyos.

Darder no sabía nada de eso cuando compró la pieza y se la llevó a Barcelona; y nadie lo supo hasta más de un siglo después. El bosquimano o bechuana estuvo acumulando polvo adentro de su vitrina de vidrio en Banyoles (una vez al año le daban una mano de betún, porque el uso de arsénico durante el embalsamamiento le había decolorado la piel) hasta que en 1991, un médico negro haitiano llamado Alphonse Arcelin, residente en la cercana localidad de Cambril, lo vio en un paseo casual de fin de semana e inició una campaña de un solo hombre contra el racismo del pueblo de Banyoles.

Al año siguiente se celebraban los Juegos Olímpicos en Barcelona y algunas pruebas de canotaje se realizarían en el lago de Banyoles. Arcelin escribió a Kofi Annan, a la Unión Africana, a Nelson Mandela, al obispo Tutu para que boicotearan, si no los Juegos, al menos las competencias que se realizaran en Banyoles en las cuales participaran países africanos. El gobierno socialista español presionó al alcalde de Banyoles para que la pieza fuera retirada de exhibición «al menos temporariamente». Lograron capear la tormenta de las Olimpiadas pero no sus efectos: la Unión Africana exigía ahora que el bosquimano o bechuana fuera repatriado.

Así fue como se enteró el pueblo de Banyoles de que su museo tenía el único hombre embalsamado en el mundo que se exponía entre animales. Pero, en lugar de abochornarse, les salió el chauvinismo. Honraron con una letra mayúscula a su anónimo ciudadano y declararon: «El Negro es patrimonio cultural de este pueblo». Comenzaron a aparecer camisetas con su imagen; las pastelerías hacían negros de chocolate;

los vecinos más cavernarios vociferaban: «¡Si se va El Negro, que se vayan todos los negros!». Para evitar más escándalo, el gobierno español decidió devolverlo discretamente a África. Se lo llevaron de noche de Banyoles, en furgoneta, pero era un oprobio devolverlo disecado a su tierra natal, así que en el Museo de Antropología de Madrid separaron lo que era propio del bosquimano o bechuana de lo que era relleno: solo quedó una calavera y unos cuantos huesos. No se atrevieron a agregar la piel, para que no quedara en evidencia que la habían embetunado año a año en el Museu Darder de Banyoles.

En octubre de 2000, en un acto de gran despliegue mediático, los restos llegaron a Gaborone, capital de Botswana, para ser enterrados en el Parque Tsholofelo. «Devolvemos lo que nos han pedido; hemos quitado de él lo que no era suyo», dijo el enviado del gobierno español con proverbial delicadeza castiza. Los curiosos tuvieron ocasión de rendir sus respetos al repatriado en una capilla ardiente: lo que había para ver era un ataúd infantil con mirilla, y una calavera y un puñado de huesos adentro.

La ceremonia del entierro no incluyó ningún rito tradicional, ni danzas ni vestimentas tribales del pueblo originario del difunto, porque en las autopsias y análisis realizados en Madrid no se pudo determinar si el negro era bosquimano, bechuana o de alguna otra etnia: Botswana acogió el cuerpo por pedido especial de la Unión Africana. Solo un hombrecito envuelto en una capa de piel de leopardo y cetro de cola de antílope se presentó para despedir a «su tatarabuelo». Era un lunático llamado Emmanuel Mogomela, conocido en los juzgados de Gaborone porque decía pertenecer

a toda etnia a la que le tocara recibir alguna reparación económica del gobierno. Pero yo prefiero pensar que su nombre era Kalulu, porque cuando el corresponsal de un diario español se le acercó a pedirle declaraciones acerca de su antepasado, él detuvo su danza y se limitó a decir, con maravillosa sencillez: «Era uno de nosotros que no sé dónde estaba y ahora está donde tenía que estar».

Ceylán

En los tiempos en que solo se podía llegar por barco a la isla de Ceylán, los marineros esparcían canela molida sobre cubierta en el primer amanecer en que se avistaba la isla desde el agua. Bajaban entonces a despertar a los pasajeros y los invitaban a subir, para que pudieran oler la isla en el horizonte.

Ceylán era el paraíso: además de canela, daba al mundo la mejor pimienta, seda, sándalo, índigo y coral. Sí, Ceylán era el paraíso en la tierra... entre las cuatro y las ocho de la mañana, los días en que no llovía. El resto del año era una pesadilla. En la época de los monzones, mientras diluviaba en Ceylán dieciocho horas seguidas, el joven cónsul Pablo Neruda escribió enloquecido sus poemas de *Residencia en la tierra* y después, para rescatarse, se emborrachaba leyendo a gritos el *Don Segundo Sombra* que le había mandado su amigo Eandi desde Buenos Aires. En la época de sequía, en cambio, hacía tanto calor una tarde en Ceylán que el reloj de bolsillo de Somerset Maugham se detuvo, y sus anfitriones le aconsejaron que, para hacerlo arrancar, debía sumergirlo en un vaso de gin.

En Ceylán era habitual ver coches salidos del camino y hundidos hasta las manijas de las puertas en los arrozales, con gente vestida de fiesta adentro, durmiendo beatíficamente la mona (a veces el coche era depositado de nuevo en el camino por monjes budistas que pasaban, sin que sus ocupantes se despertaran). En Ceylán, un gobernador fue destituido por culpa de su jardín: tenía las plantas más hermosas de la isla, una parejita le pidió permiso para sacarse una foto, el gobernador los dejó entrar y siguió paseando por sus dominios; al rato vio a la chica con la falda alzada y al muchacho con la cabeza hundida entre los muslos femeninos. La chica solo atinó a decirle al gobernador: «¡Picadura de víbora!». Él hizo a un lado al muchacho, se sumergió en la entrepierna de la chica, y al día siguiente no tuvo cómo explicar la foto que aparecía en primera plana del principal diario opositor: «¡PICADURA DE VÍBORA, SEÑOR GOBERNADOR!».

En Ceylán, escribió Leonard Woolf, la única ocupación que podía desviarlo a uno de la bebida, el adulterio o el suicidio eran las apuestas. En la India, solo las castas superiores podían apostar, pero Ceylán no solo había pertenecido a la India sino a la China, y también a los árabes, a los portugueses, a los holandeses y a los ingleses, y en cualquier callejón donde se tiraran dados o en las mesas del fondo de los bares de mala muerte podía verse a un banquero apostando hombro con hombro con un pescador. El juego era bueno para evitar las huelgas, decía el gobierno: la gente iba igual a trabajar para poder tener dinero para apostar. De hecho, hasta que el ejército incautó los mejores caballos durante la Segunda Guerra, los

hipódromos movían tanto dinero en Ceylán que no estaba mal visto que una mujer respetable se acostara con un jockey para sacarle información sobre un caballo (las damas decían que el acto no calificaba como adulterio porque los jinetes eran demasiado pequeños).

En Ceylán había un juego de cartas llamado *ajhuta*, que nunca duraba menos de ocho horas, y por lo general se extendía durante días: los portugueses se lo enseñaron a los nativos para distraerlos mientras conquistaban la isla. La abuela de Michael Ondaatje, que era nativa, heredó a los sesenta y ocho años una casa en un pueblo de montaña, a medias con su hermano, y ninguno de los dos quería compartirla, así que se la jugaron en una partida de *ajhuta* que duró dos días. Fueron en la motocicleta de él hasta aquella casa en la montaña, con el sidecar lleno de botellas de gin. Jugaron y bebieron de tal manera durante esos dos días que no registraron que afuera se había desatado un diluvio que desembocó en inundación. La abuela de Ondaatje perdió la partida, salió de la casa resignada a tomar el cochambroso transporte público que bajaba a la ciudad y sintió con alivio que no haría falta: la corriente de agua la levantó y la llevó como una alfombra mágica, ella creía que a su casa. La encontraron tres días después, finada y sonriente, acomodada como en un trono en las ramas más altas de un jacarandá, adonde la había depositado la crecida. Cuando preguntaban a la familia de Ondaatje de qué había muerto la abuela, ellos contestaban: «De causas naturales».

Ceylán ya tenía ferrocarril durante la Segunda Guerra, pero había un único regimiento para proteger

toda la isla, así que las tropas usaban el tren nocturno para ir de un extremo a otro del territorio, según por dónde se sospechara que invadirían los japoneses. El padre de Michael Ondaatje era oficial de ese regimiento y bebía a la par de aquella dama muerta en la inundación, así que cuando cerraban todos los bares de la ciudad se subía al tren nocturno para seguir consiguiendo bebida en el único lugar de la isla donde seguía sirviéndose alcohol: el vagón comedor. Su lugar favorito en aquel tren era la locomotora, así que luego de agenciarse un par de botellas en el vagón comedor enfilaba hacia adelante, a emborracharse con el maquinista. Para no despertar a los soldados que dormían apretujados en el piso, iba por los techos de los vagones hasta la locomotora. Cuando se acercaban los primeros túneles en la montaña, el padre de Ondaatje ya tenía borracho al maquinista, así que frenaba el tren, se desvestía, bajaba y se internaba desnudo en las tinieblas del túnel, a lidiar con su delirium tremens. Los empleados del ferrocarril tenían que ir a buscar a la señora Ondaatje hasta la ciudad para que se internara ella en el túnel con la ropa del marido bajo el brazo. La señora necesitaba entre una y dos horas a oscuras, recitando rimas infantiles en voz baja a las tinieblas, hasta que el borracho entregaba su arma y aceptaba mansamente vestirse y salir del túnel.

La señora Ondaatje resistió once años antes de dejar a su marido. El día del entierro del capitán Ondaatje acudieron millares de personas de todas las etnias y clases sociales de la isla. Ricos y pobres, tamiles, singaleses y europeos, apostadores públicos y borrachos privados, todos explicaban con las mismas palabras su presencia allí: «Él tenía tanta fe en mí que

yo también lo quería». Incluso en la muerte, la generosidad del alcohólico capitán excedió lo físicamente posible: había donado su cuerpo a los seis hospitales de la isla.

Michael Ondaatje tenía once años cuando murió su padre y su madre se lo llevó de Ceylán a Canadá. Una de sus hermanas mayores quedó en la isla. Ondaatje fue a visitarla veinticinco años después, el día en que decidió averiguar dónde empieza una familia y dónde termina. Llegó con algunos apuntes sobre sus recuerdos y se proponía juntar más, hasta tener los suficientes para un libro. Una noche en casa de su hermana le piden que lea algo de sus anotaciones. Ondaatje comienza: «Mis padres y mis abuelos son para mí un libro al que le faltan hojas, y que yo sigo leyendo aunque lo sepa...».

Como le pasó a Kafka cuando leyó *La metamorfosis* en casa de Max Brod, todos rieron y celebraron cada frase. La hermana le dijo con lágrimas en los ojos: «Yo creía que nuestra infancia no pudo ser más desdichada. Me has devuelto el sentido del humor». Afuera llovía y la noche era un túnel, y todos habían bebido como si estuvieran en la cabina de la locomotora con el maquinista, pero dice Ondaatje que ninguno encontró valor para bajarse del tren e internarse desnudo en el túnel.